



Un concierto oportuno

Lo que voy á contaros sucedió en Francia en 1794, es decir, en lo más fuerte del Terror. El desorden y el espanto se habían hecho dueños de las ciudades y de la campaña. Sin embargo, aquella noche, de una modesta casa situada á las puertas de París salían melodiosos acordes por la ventana abierta.

¿Quién podía tener ánimo para hacer música en aquellos tiempos de desolación? Dos niños llamados Juan y Luisa.

El primero, tenía 12 años; la segunda, diez y seis, y ambos, á pesar de su corta edad, poseían verdadero talento.

Luisa tenía una voz encantadora á la que acompañaba con los acordes de una arpa, paseando con agilidad sus diminutos dedos sobre las sonoras cuerdas.

La voz de Juan estaba también llena de encanto; voz de niño, pura, flexible y que hacía esperar, para el porvenir, admirables conciertos.

Los dos hermanos tenían todo un repertorio de romanzas y dúos de la época. Además, maravillosamente dotados para la música, lo aumentaban con composiciones propias, que sabían improvisar con arte y con gusto.

Huérfanos y pobres, habían tenido la suerte de verse protegidos por una gran señora, quien, adivinando en ellos dotes excepcionales, se había complacido en darles una instrucción general conveniente y una educación musical tan completa como lo permitía la época.

¿Qué había sido de aquella querida bienhechora, arrojada de su casa por la gran tormenta revolucionaria?

Sin preocuparse de la política ni del desorden exterior, Luisa y su hermano, que no querían olvidar lo que sabían, trabajaban juntos aquella noche.

De día estaban ocupados, él en sus libros, y ella en sus bordados; era preciso ganar el sustento ya que la marquesa de Erlanges no podía interesarse por ellos.

Aquella noche, mientras que un dúo melodioso expiraba en sus labios, bajo la ventana, dejaba abierta por el calor, se oyó un ruido de pasos pesados.

Juan y Luisita cambiaron una rápida mirada de angustia. Su temor no era infundado, pues se hallaba en juego su propia vida.

Los pasos se acercaron, se les oyó luego en la escalera y, casi en seguida, tres hombres de aspecto é intenciones amenazadoras, entraron en la habitación.

—Ciudadana—dijo el que debía ser jefe de ellos;—co-ren rumores de que aquí, en tu casa, tienes oculta á una aristócrata. Vamos á registrar todas las habitaciones, y si es verdad que has cometido el crimen de que te acusan, te compadezco.

—Cumplid vuestro deber, ciudadanos—contestó ella.—Yo no puedo perder tiempo

y es preciso que estudie este pasaje difícil. Mi hermano os acompañará.

Y volviéndose hacia el muchacho, que estaba más muerto que vivo, agregó:

—Anda, Juan, y enséñales á estos ciudadanos hasta el último rincón del último armario.

Semejante sangre fría denotaba una conciencia tranquila.

Eso fué lo que pensó el soldado que mandaba á los otros dos.

—Aquí no está lo que buscamos—se dijo.

Sin embargo, quiso cumplir su misión para tranquilizar su conciencia, y dijo á sus hombres:

—Id con ese chico; yo me quedo aquí oyendo á la ciudadana.

Luisa, con la mayor tranquilidad del mundo, volvió á tomar el arpa y entonó un himno guerrero que cantaba admirablemente. Luego se detuvo.

—¡Más!...—suplicó el oficial que era apasionado por la música.—Te aseguro, ciudadana, que nunca he oído una voz como la tuya.

Luisa pensaba:

—Esta es, quizás, la última vez que canto.

Pulsó de nuevo el arpa; pero á los primeros acordes se detuvo.

—¿Qué esperas?—preguntó el oficial.

—Espero á mi hermano. Este es el más hermoso de nuestros dúos; pero necesito á mi hermano para que me acompañe... ¡Si supieras, ciudadano, qué talento musical tiene mi hermanito!...

Los ojos del oficial brillaron de entusiasmo. No quiso retardar lo que se le prometía y llamó en alta voz:

—¡Ribot!... ¡Bélide!... Enviadme al ciudadanito, que lo necesitamos aquí.

En la habitación de al lado se oyó ruido de vasos y una voz ronca que decía:

—Bueno; allá va.

Y se presentó Juan. Una nueva mirada combinada con su hermana hizo comprender á la joven que había seguido al pie de la letra sus mudas indicaciones.

Al pasar á la otra habitación los dos soldados habían visto en un aparador dos vasos y una botella, y alentados por el muchacho, que puso la botella sobre la mesa, tomaron asiento, y cuando Juan fué llamado á la sala por el oficial estaban saboreando con fruición el segundo vaso.

Los dos hermanos dieron un verdadero concierto á sus tembles visitantes. Desde la próxima habitación, los bebedores escuchaban complacidos.

Por último, agotado su repertorio y quizás también sus fuerzas, Luisa y Juan se callaron. Entonces se levantó el oficial y llamó á sus hombres.

—¿Habéis registrado?—preguntó. Pillados en falta, los soldados dieron

